

jeros. Imbuído en mil supersticiones cuyo significado ignora, se adhiere á ellas tenazmente porque las tuvieron sus antepasados. Venera por costumbre á los difuntos, á quienes hace ofrendas de alimentos que luégo él mismo consume.

Cree en la existencia de varios espíritus que se representa materialmente, y en la de una multitud de dioses de toda especie y condición, pero no sabe por qué los venera. Recurre á ellos en caso de enfermedad ó desgracia, y si los dioses no otorgan el remedio, el chino los destruye con desprecio. De forma que él es verdadero esclavo de las supersticiones, vive en la ignorancia y desprecia lo que no entiende. Ya se deja ver que con tales disposiciones difícilmente apreciará y amará la religión católica que enseña verdades sobrenaturales; bien al contrario es fuertemente inclinado á perseguirla.

En público, el chino se muestra honesto, pero interiormente es muy de otro modo. La mujer, en la familia, es tratada como esclava. El matrimonio es para el chino contrato temporal, y no se escandaliza del infanticidio.

La venganza es para el chino un deber: el ofendido que no se venga, cae en ridículo ante sus conciudadanos.

La injusticia es para él como si fuera virtud: cuando ocurre algún pleito, el Juez decide en favor de quien le haya ofrecido mayor cantidad de dinero.

En cuanto á la obra de la Santa Infancia en la China, sólo diré que la costumbre inhumana que hay allí de dar muerte á los niños, ó de enterrarlos vivos, ha dado ocasión á los misioneros de enviar muchas almas al cielo. Las pobres criaturas que escapan de la muerte reciben en el bautismo los nombres de aquellas personas que han dado limosnas para salvarlas."

Lo dicho basta y sobra para hacer ver cuán difícil es la catequización de la China.

LA IGLESIA

ORGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ

Año IV—Vol. IV

Junio 15 de 1909

Núm. 12

S. RITUUM CONGREGATIO

ATREBATEN

De ordine commemorationum in Vesperis, seu de præcedentia comm. concurrentis; et de omittendo "Fidelium animæ etc." in officio, cum Missa pontificalis sequitur.

R. D. Onesimus Machez, magister cæremoniarum ecclesiæ cathedralis Atrebaten. et extensor Kalendarii diocesanii, de licentia sui Rmi. Episcopi, a Sacrorum Rituum Congregatione insequentium dubiorum solutionem humillime flagitavit, nimirum:

I. Quando celebratur festum duplex Dominica infra Octavam communem, ponitur in Laudibus commemoratio Dominicæ, deinde Octavæ; debetne in secundis Vesperis idem ordo servari pro commemorationibus, si feria secunda sequenti fit de die infra Octavam, vel poni primo loco commemoratio Octavæ?

II. Quando feria VI post Octavam Ascensionis recolitur festum duplex aut semiduplex, quod in secundis Vesperis concurrat cum festo ejusdem ritus ob Vigiliam Pentecostes simplificando, debetne prius fieri commemoratio hujus festi simplicitati ac postea feriæ, aut inversus ordo servari?

III. Post Horam tertiam, quæ præcedit Missam pontificalem, Episcopus celebrans debetne, dicto per chorum *Benedicamus Domino*, omittere versum *Fidelium animæ*?

Et Sacra eadem Congregatio, ad relationem subscripti Secretarii, exquisito Commissionis Liturgicæ suffragio, omnibus sedulo perpensis, rescribendum censuit:

Ad I et II. Negative ad primam partem, affirmative ad secundam, juxta decretum n. 3843 *Commemorationum in Vesperis*, 5 Februarii 1895, quia habetur concursus, et *commemoratio sumatur e primis Vesperis* juxta Rubricas.

Ad III. Affirmative in casu.

Atque ita rescripsit, die 5 Junii 1908.

S. Card. CRETONI, *Præfectus*.

† D. PANICI, Archiep. Laodicen., *Secretarius*.

LITTERAE

ad Archiepiscopos, Episcopos aliosque locorum
Ordinarios, Circa transmissionem scriptorum
ad S. Sedem

Illme. ac Rme. Domine:

Haud raro accidit ut Ordinarii aliquid habeant ad Sanctam Sedem deferendum, vel cum ipsa tractandum, quod aut ratione officii, aut vi ecclesiasticæ alicujus legis, aut prudentiæ causa secreto silentii tegendum sit.

Ubi hæc occurrant, Ordinariis curæ sit scripta committere oclusa diligenter, etiamsi per suos rerum agentes vel procuratores ea transmittere velint. Quamvis enim dubitare non liceat de fide ac prudentia illius, in quo Episcopus fiduciam collocaverit et qui fuerit Sanctæ Sedis probatus; tuenda nihilominus lex illa est quæ prohibet secreti participes fieri plures quam necessitas postulet.

Illud præterea commendatur Ordinariis vehementer, ut in delectu procuratorum vel agentium rationem habeant eorum, qui hoc in genere officii honeste hactenus et cum utilitate clientum versati sunt. Idcirco, nisi quid graviter obstat, eosdem præferant aliis. Justum enim est, et in

Apostolicæ Sedis votis, ut concessa ob altiores fines libertas in detrimentum non cedet bene meritorum hominum, qui huc usque operam suam in Ecclesiæ servitium contulerunt.

Hisce tibi significatis, omnia fausta tibi a Domino deprecor.

Romæ, die 25 Novembris 1908

C. Card. DE LAI, *Secretarius*.

Scipio Tecchi, *Adessor*.

CORRESPONDENCIA

Arquidiócesis de Bogotá—Gobierno eclesiástico—Número 60—Bogotá, 27 de Mayo de 1909

Excelentísimo y Reverendísimo Señor:

Tengo el honor de acompañar á V. E. un cheque contra el Banco de Colombia por la suma de treinta y cinco mil pesos, papel moneda, producto de la colecta que se hizo en esta Arquidiócesis para socorrer á las víctimas de Mesina y Calabria.

Dios guarde á V. E. muchos años.

† BERNARDO
Arzobispo de Bogotá.

Al Excelentísimo y Reverendísimo Señor Delegado Apostólico

E. S. D.

Delegación Apostólica en Colombia—Bogotá, á 31 de Mayo de 1909

Ilustrísimo y Reverendísimo Señor:

Tengo el honor de acusar á V. S. Illma. y Rvma. recibo de un cheque contra el Banco de Colombia por la suma de treinta y cinco mil pesos, papel moneda, producto de la colecta que se hizo en esta Arquidiócesis para socorrer á las víctimas de los terremotos de Mesina y Calabria.

Al dar á V. S. Illma. y Rvma. y á los católicos de esta Arquidiócesis las más expresivas gracias por tan noble y generoso acto de caridad cristiana, cúpleme manifestarle que oportunamente remitiré dicha suma al Padre Santo para el objeto indicado.

Dios guarde á V. S. Illma. y Rvma. muchos años.

† FRANCISCO

Arzobispo de Mira, Delegado Apostólico.

Al Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo Primado.

E. S. P.

*Delegación Apostólica en Colombia—Número 1,113
Bogotá, á 4 de Junio de 1909*

Ilustrísimo y Reverendísimo Señor:

Tengo el honor de poner en conocimiento de V. S. Illma. y Rvma. que el Padre Santo se ha benignamente dignado prorrogar hasta nueva disposición el Indulto, que con fecha 6 de Julio de 1899 expidió la S. Congregación de Negocios Eclesiásticos Extraordinarios sobre el ayuno y abstinencia en la América Latina.

Dios guarde á V. S. Illma. y Rvma. muchos años.

† FRANCISCO

Arzobispo de Mira, Delegado Apostólico.

Al Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo Primado.

E. S. P.

SOLEMNE CEREMONIA EN EL VATICANO

El domingo 22 de Noviembre del año pasado, bendijo el Romano Pontífice en el Vaticano diez y nueve banderas pertenecientes á otras tantas repúblicas hispano-americanas. El Illmo. Sr. Dr. D. Ramón Angel Jara, Obispo de San Carlos de Ancud, en Chile, pronunció el siguiente discurso:

"Beatísimo Padre :

A este concierto unísono de veneración profunda y de filial afecto con que el orbe católico, sin distinción de pueblos, de razas, de lenguas y de clases, viene celebrando vuestro jubileo sacerdotal, el Episcopado de la América española ha querido añadir una nota más que encontrará un eco simpático en vuestro magnánimo corazón.

Por lo mismo que sois el Representante visible de aquel Príncipe eterno de la paz, que no quiso aparecer en este mundo sino entre angélicos cantares de gloria para Dios y de paz para los hombres de buena voluntad y que no retornó á los cielos sino dejando caer con sus postreras bendiciones, tesoros de paz y de unión para sus hijos, todas vuestras enseñanzas, todos vuestros consejos, Beatísimo Padre, desde el día de vuestra exaltación al Pontificado se han encaminado á estimular en el clero y en los fieles ese espíritu de armonía y de paz, como único mástil en que pueda flotar al viento la bandera de vuestro programa, que es restaurarlo todo en Jesucristo. Como fuente inagotable de esa caridad y como centro de esa unión, que, según la doctrina del Maestro Divino, debe reflejar la unidad eterna y sustancial de la Trinidad Beatísima, habéis mostrado al mundo la Divina Eucaristía y con la palanca irresistible de vuestra palabra lo habéis acercado á esa hoguera donde todos los odios se consumen y donde todos los nobles afectos resucitan.

Fruto de esta cruzada que persigue la unión de todos los hombres y de todos los pueblos que profesan el credo de nuestra fe, ha sido el pensamiento de robustecer nuestros vínculos de raza, de creencias y de lengua, trayendo aquí á los pies de la Cátedra de Pedro, nuestros queridos pabellones, porque después de haber sido todos ellos santificados con el juramento de nuestros padres y con la sangre de nuestros guerreros, se han hecho dignos de venir como los hermanos de un mismo hogar á rodear el trono más augusto de la tierra, para impetrar las bendiciones del cielo.

La bandera de un pueblo, en todos los tiempos y en to-

das las razas, entre los hijos de la civilización y de la barbarie, ha sido siempre el símbolo de la colectividad. Si ella se enarbola sobre los palacios, es símbolo de unión entre los ciudadanos y sus mandatarios; si ella se alza sobre las almenas de un cuartel, es símbolo de unión entre los soldados y sus jefes; si ella se despliega en los campos de batalla, es símbolo de unión en el amor á la patria hasta rendirle la vida; y si ella se inclina ante la majestad de Dios, es para significar la unión de las almas en una misma fe, en un mismo amor y en unas mismas esperanzas. Por eso, el antiguo pueblo romano ostentaba en sus primitivas banderas aquellos haces de espigas que también representan la abundancia de bienes producidos por la unión, y no trocó esas gavillas por las águilas imperiales sino después que hubo clavado sus banderas en las cimas de la gloria.

Como expresión de esa unidad de fe cristiana y como testimonio de la adhesión y el amor al Vicario de Jesucristo, los Obispos de la América española hemos querido presentarlos las insignias nacionales de nuestros propios diócesanos. Ya que dilatados mares les impiden, Beatísimo Padre, venir hasta Vos en piadosas romerías, no hemos encontrado en el lenguaje humano frases que pudieran reflejar con tanta exactitud nuestros sentimientos como lo hacen estos gloriosos pabellones de diez y nueve Repúblicas hispanoamericanas. Cualquiera otra representación sería menos expresiva. Los soberanos, los gobiernos y las instituciones pueden encontrar dignísimos embajadores; pero, ¿qué embajada sería capaz de representar la ternura de un hijo para con su padre? Y es esta la razón por qué sólo las banderas de nuestras naciones, en las cuales están como encarnadas nuestra propia alma, nuestros sacrificios y nuestros triunfos, podrían traerlos, Beatísimo Padre, la representación de toda una familia derramada por los ámbitos del nuevo mundo. Agrupadas aquí en torno de vuestra frente venerable, ellas se inclinan sobre vuestro corazón para deciros: Somos las mensajeras de sesenta millones de católicos americanos que son vuestros hijos y que con nosotras os envían la seguridad de su amor, de su obediencia y de su fidelidad, has-

ta el sacrificio de la vida, si fuere necesario. Más aún: este homenaje no sólo es tributo de filial cariño, sino que envuelve la reparación de un agravio. El haberse intentado arrancar de vuestros brazos, Beatísimo Padre, la hija primogénita de la Iglesia, es inferiros una injuria atroz; y á un Papa indefenso y prisionero, no se le ofende sin conculcar todas las leyes de la conciencia y del honor.

Más de cuatrocientos años han corrido desde el día en que la América, obedeciendo á la voluntad del Hacedor Supremo, salió al encuentro de la cruz de la Redención y de la bandera de Castilla, repitiendo aquella palabra que pronunciaron los mundos en el firmamento, á medida que la voz del Creador los iba sacando de la nada para infundirles la vida: *ecce adsum!* aquí estoy. Un intrépido navegante, alumbrado por la llama del genio; un humilde franciscano, encendido en caridad divina; y una reina, con inteligencia y corazón capaces de gobernar dos mundos, fueron los instrumentos providenciales de un acontecimiento que, dejando aparte los Misterios de la Redención y la destrucción del imperio romano, ha influido como ningún otro en los destinos humanos. A juicio de graves autores, ni el triunfo de Constantino al trasladar de las Catacumbas á su solio la cruz del cristianismo, ni la empresa de los cruzados para reconquistar el Santo Sepulcro han dilatado tanto los dominios de la civilización cristiana y la acción evangelizadora de la Iglesia, como el paseo triunfal de la cruz por entre las brumas de un mar desconocido, desde las costas de la Iberia hasta las playas del nuevo mundo que con sobrada justicia, se apellida el mundo de Colón.

Tamafia gloria discernida por Dios á la noble España, fue digna recompensa á un pueblo que durante ochocientos años había luchado contra el poder otomano por conservar intacto el depósito de la fe cristiana. Dispuso el cielo que aquellas mismas manos que habían sostenido los derechos de la cruz en el viejo mundo, hubieran de ir marcando con ella sus descubrimientos y conquistas en un nuevo continente; la misma sangre que había derramado el pecho generoso del pueblo ibero en aquella lucha gigantesca de la Edad Media, debía

multiplicarse con sus propios gérmenes de vida en la descendencia americana; y en el mismo idioma con que había sido invocada la protección divina por los vencedores de la media luna en Covadonga, en el Salado y en las Navas de Tolosa, debían ser entonadas en los bosques virginales de la América, las alabanzas y bendiciones á Jesús, Rey inmortal de los siglos; y á María, su Madre, emperatriz de los cielos y la tierra.

Pero es ley insuperable de la naturaleza humana, que toda gloria sólida y verdadera, sea comprada al precio de grandes sacrificios. Y ¿quién podría pesar el cúmulo de inmoluciones que ha costado á España el descubrimiento, la conquista y colonización de los pueblos americanos? ¿Quién podría medir la obra colosal realizada por aquellos Obispos y misioneros, hijos de Francisco y de Loyola, de Agustín, de Nolasco y de Guzmán, que á costa de martirios indecibles llevaron la cruz y el Evangelio hasta los últimos rincones de la América, adonde no había alcanzado á llegar la espada de los intrépidos conquistadores? ¿Quién sería capaz de reducir á guarismo los dineros, las penalidades y las vidas, exigidos á la nación española por esa empresa titánica de trescientos años? ¿Cuántas exploraciones temerarias al través de mares procelosos, de bosques impenetrables y por medio de tribus salvajes! ¿Qué de separaciones dolorosas, qué de hogares enlutados, qué de viudas y de huérfanos en la lejana patria: porque fueron millares de soldados los que abandonaban aquel suelo querido para no retornar á él jamás!

Ciertamente: como se desgarró el pelícano las entrañas para alimentar á sus hijos con la propia sangre, así la España se desangró para trocar en pueblos civilizados las tolderías de los primitivos indígenas de América, para establecer sus leyes, sostener el régimen de gobierno y administrar justicia. Y para esa obra magna, la España gastó sus ejércitos, sus dineros y sus energías, cuando más necesitaba recuperar sus fuerzas después de ocho siglos de lucha contra los moros. Con lo que España perdió en fuerzas materiales, se robusteció el continente americano. Y ¿por qué negarlo? ¿Qué hijo nace á la vida sin debilitar la robustez de su madre? y tanto más cuando la

España, descubriendo y colonizando la América, había dado á luz no un niño, sino un mundo!

Es cierto que las naciones engendradas á la fe y á la civilización por tan gloriosa madre, llegadas á su mayor edad, sintieron la necesidad de ser independientes, como la sienten, por ley natural, los hijos, de constituir su propio hogar. La revolución de la independencia americana fue esa revolución que se opera en la savia de los árboles cuando espontáneamente se desprenden de sus ramas los frutos que están maduros. Lucharon, es verdad, en gloriosos combates las colonias y la metrópoli; pero la historia no sabe qué admirar más: si la altivez desesperada con que defendieron sus dominios los valientes castellanos hasta caer al pie de sus viejos pabellones, ó el heroísmo sublime con que los padres de la independencia americana ganaron el apetecido laurel de una soberana libertad.

Pero, hay que haceros una declaración, Beatísimo Padre, en hora tan solemne como ésta. Nuestra emancipación política nada tiene que ver con otras revoluciones que han comenzado por arrojar á Dios de sus altares hasta concluir haciendo rodar en el cadalso la cabeza de sus reyes. Muy al contrario, los pueblos de la América, impulsados por un noble instinto de libertad cristiana, buscaron en el mismo Dios la fuerza y protección; nuestros guerreros no marchaban al combate sino después de haber impetrado con plegarias las bendiciones del cielo; egregios generales hubo, como Sanmartín y Belgrano en la Argentina; O'Higgins y Borgoño en Chile, que consagraban á Dios sus triunfos, deponiendo los primeros sus espadas ante las aras de la Virgen de Luján, y alzando los segundos sobre el mismo campo de batalla santuarios de gratitud á la Madre del Carmelo, Patrona jurada de sus ejércitos. Las juntas y asambleas creadas en cada pueblo para dirigir los trabajos de esas jornadas homéricas, jamás intentaron separar la causa de la patria de las influencias salvadoras de la Iglesia. Hubo congresos tan importantes como el de Tucumán en 1816, compuesto en su mayor parte de ilustres sacerdotes, graduados con el doctorado en las célebres Uni-

versidades de Córdoba y Chuquisaca, que al decir de un notable escritor, tomaron todo género de precauciones para que al emanciparse del rey, ni los ciudadanos ni las leyes se emanciparan de Dios y de su culto.

Independientes ya de la metrópoli, los nuevos Estados soberanos de la América han conservado con ella el vínculo de una misma lengua, y es nuestro legítimo orgullo poder retribuir los sacrificios que la España hiciera por nosotros. Al plantar en el suelo americano el árbol de la libertad, no intentaron nuestros padres escalar el cielo como los soberbios constructores de Babel; por eso no hemos sido castigados con la confusión de nuestra lengua, sino que, manteniéndola con su perfecta unidad, hemos asegurado á la lengua de Cervantes un dominio que nadie podrá arrebatarle sobre una extensión del globo equivalente á la tercera parte del mundo. Si es verdad que la América española tiene abiertas sus puertas á todas las razas del orbe, también lo es que los hijos de esas colonias extranjeras nacidos en nuestro suelo, hacen suya la lengua castellana. Y quien lo afirma es un Obispo cuyo cayado pastoral toca á los confines del continente americano y que bajo de la bóveda de sus templos ha podido ver reunidas á gentes venidas de todos los ámbitos del mundo mezcladas con los descendientes de la altiva Araucania y de las tribus patagónicas, y dirigir al trono del Hacedor Supremo, con la misma lengua de Luis de León, de Granada y de Teresa de Jesús, la oración incomparable de la familia cristiana: "Padre Nuestro que estás en los cielos!"

Menos todavía que los lazos del idioma, han podido romperse los vínculos de sangre y de raza con la España. En medio de las vicisitudes de los acontecimientos humanos, ella ha seguido siendo nuestra madre: no ha disimulado sus alegrías al ver el crecimiento y la prosperidad de sus hijos, ni ha decaído su legendaria hidalguía reconociendo la independencia de las naciones que fueron sus colonias y relegando al olvido nuestras antiguas querellas con un generoso abrazo.

La América española por su parte, ha sentido crecer con el trascurso de los años la veneración y el cariño hacia su

augusta Madre. Sus gozos y sus dolores son los nuestros. Si alguna vez ha sido injuriado el sacro pabellón de ese pueblo hispano, que cuando se le ofende no cuenta sus soldados ni los barcos de su armada, las naciones todas de la América se han conmovido indignadas; y cuando hemos visto á sus jóvenes soberanos escapar ilesos, en el día del desposorio, de un atentado feroz contra sus vidas, todos nuestros labios han execrado el crimen y todos nuestros templos han resonado con las acciones de gracias á Dios.

Terminada ya totalmente esa difícil aunque gloriosa jornada de la independencia americana, cicatrizadas las heridas abiertas en esas penosas contiendas y robustecidos los lazos de religión, de sangre y de lengua que nos unen á la madre Patria, ha llegado el momento de pagar la deuda de gratitud contraída para con ella desde hace cuatrocientos años.

De entre esos beneficios, el más valioso, sin duda, es la herencia de fe cristiana legada al mundo de Colón: por eso correspondía á la Iglesia de la América española, representada por sus Obispos, dar este ejemplo de filial obsequio para con la Iglesia hispana, á quien por tantos motivos debemos reconocer por nuestra madre. Y ¿qué otra ofrenda más valiosa y expresiva podríamos presentarle como emblema de la mancomunidad de nuestra fe, de nuestro agradecimiento y de nuestro filial afecto que estos queridos pabellones que forman la síntesis gloriosa de la historia americana? ¿Qué mensaje más elocuente y duradero podría nuestra Iglesia ofrecer al Episcopado español, y que tradujera mejor las misericordias del Señor dispensadas á cada una de nuestras naciones, en su doble vida civil y religiosa? Y ¿á quién podríamos confiar el tesoro de nuestras banderas? ¿dónde encontrar, fuera de nuestro suelo americano, un hogar que sea también el nuestro y á cuya sombra no falte jamás á estas enseñas de la Patria, el mismo culto que les rinde nuestro propio corazón?

¡Ah, Beatísimo Padre! De vos depende el que queden satisfechos nuestros votos. Si en los designios de Dios estuviere reservado á los pueblos del nuevo mundo la gloria preciadísima de que por vez primera el Vicario de Jesucristo haya de

bendecir con tan solemne ceremonia las banderas de la patria, entonces, sí, cesarían nuestras dudas y quedaría resuelto nuestro camino.

Si con esa augusta mano que abre y cierra los cielos os dignáis derramar sobre estas banderas las bendiciones de Dios, ellas quedarán para siempre consagradas. Las conduciríamos al través de campos y ciudades como llevaban el Arca Santa los Pontífices de la Antigua Ley hasta llegar al corazón de España que desde hace veinte siglos vive atado con cadenas de oro al Pilar de Zaragoza.

Allí se alza el trono de María, que ha visto pasar, como las corrientes del Ebro, cien y cien generaciones aclamándola por su Madre y Soberana; al pie de esa columna sostenedora de la fe oró el descubridor del nuevo mundo; y, por una providencial coincidencia, la América nació á la vida en el mismo día y á las mismas horas en que todos los templos de España celebraban con himnos de alabanza la fiesta hermosa de la Virgen del Pilar.

Dignaos santificar con vuestras plegarias estos pendones, Beatísimo Padre, y quedarán trocados en trofeos de la fe cristiana, dignos de ser depositados ante el trono de la Inmaculada Madre de Dios, y así también quedaría cancelada otra deuda de gratitud americana. La Reina que más ha glorificado á España y que ha asombrado al mundo por el doble poder de su inteligencia y de su corazón, Isabel la Católica, necesitó desprenderse de las joyas de su corona para costear el viaje de Colón en busca del camino de las Indias que le llevó al continente americano. Hoy ese nuevo continente quisiera devolver á la madre España los diamantes de su reina con esta otra corona que pesa un mundo, porque cada una de las banderas que la forman son joyas compradas con millares de vidas, y con un siglo de luchas y de sacrificios gastados en el camino del progreso por diez y nueve naciones soberanas. Merced á esos esfuerzos de gobernantes y de ciudadanos, los Estados de la América española son representados con decoro en las cancillerías de las mayores potencias europeas; los productos de sus industrias conquistan laureles en los torneos del

comercio; muchos de sus hijos ocupan sitio de honor en el campo de las ciencias y de las letras y, lo que vale más para la vida sobrenatural de la Iglesia, del suelo americano van subiendo á los altares, santos tan esclarecidos como los Toribios y los Solanos, los Felipes y los Masías, los Beltrán, los Clavér y los Porres, y á la Jerusalén de los cielos ha llegado la fragancia de nuestros místicos jardines con Mariana, la Azucena de Quito; y con la Patrona de las dos Américas, la incomparable Rosa de Lima.

Cargados, pues, con el peso de estas glorias, aquí están, Beatísimo Padre, delante de vuestro trono estos limpios pabellones (1). Pasead por ellos vuestras miradas y sentiréis en vuestro espíritu aquella fruición dulcísima que experimenta el corazón de un padre al verse rodeado de hijos que han merecido inmarcesibles lauros en premio de sus virtudes. Desde la bandera mejicana, que, siguiendo el orden geográfico, encabeza este grupo de naciones hermanas y que recuerda el centro de la más avanzada civilización americana, hasta el pabellón argentino cuyo sol irradia la luz del progreso en sus vastos territorios, todas ellas guardan en sus pliegues leyendas sublimes que, como las del heroico Paraguay, os pueden atestiguar que las Repúblicas hispanoamericanas por defender su fe y su libertad podrán ser destruidas, pero esclavizadas jamás.

Y si vuestros ojos, Beatísimo Padre, hubieran de fijarse en aquel tricolor querido, cuya estrella en campo azul simboliza el cielo, os ruego con toda el alma que le consagréis una oración. Es la bandera de Chile, la enseña idolatrada de mi Patria, cuya presencia en el Vaticano de Roma y junto al solio del Vicario de Jesucristo despierta en mi alma tan dulces emociones 'que sólo me restan fuerzas para tenderle mis brazos como los tiende un hijo al cuello de su madre. ...

No encontraréis aquí el pabellón de nuestra República hermana del Brasil, porque otra es la cuna de su nacionalidad y de su lengua. En cambio tenemos á honra verla represen-

(1) Allí estaba también el de Colombia en manos del señor Presbítero D. D. Celso Forero Nieto.—(N. del E.)

tada por uno de sus más ilustres hijos, á quien ha cabido la alta y merecida distinción de ser el primer Obispo de la América latina que ocupa un asiento entre los Eminentísimos purpurados de la Santa Iglesia Romana.

Tales son los títulos, Beatísimo Padre, en que se apoya la petición que he venido á haceros en nombre de la junta Episcopal que me ha confiado tan honroso encargo. Y antes de poner en vuestras sagradas manos este legajo histórico suscrito casi por un centenar de Obispos de la América española, permitidme, en nombre de ellos, daros las más rendidas gracias por esta solemne audiencia que en medio de vuestras fatigas, habéis querido dispensarnos á españoles y americanos. Y esta nuestra gratitud se acrecienta por la exquisita bondad con que nos habéis expresado el deseo de que esta ofrenda os fuera presentada en nuestra vigorosa lengua castellana.

Levantad, pues, vuestra mano, Beatísimo Padre, y santificad estas banderas que hoy os forman columna de honor para cerrar el año de vuestro jubileo sacerdotal. Con ello habréis agregado una página más al libro de los insignes beneficios dispensados á la América por los Pontífices Romanos. Pío IX el Grande, inició esta unión de las Repúblicas latinas del nuevo continente, prohiendo la magna obra del ilustre sacerdote chileno Monseñor Ignacio Víctor Eyzaguirre, cuando echaba en Roma los fundamentos del Colegio Pío Latino Americano. El sapientísimo León XIII estrechó más esos vínculos congregando aquí, por la vez primera, en la capital del orbe católico á todos nuestros Obispos en el Concilio Latino Americano (1) y haciendo que sirviera como de anillo de oro entre la Madre Patria y sus hijos el Eminentísimo Cardenal Vives, insigne purpurado español. Vos, ahora, Beatísimo Padre, coronáis la obra, haciendo que la España y la América española se confundan en un solo abrazo, á ejemplo de sus Obispos reunidos aquí á la sombra de nuestros pabellones.

(1) Las primeras sesiones de este Concilio fueron presididas por el Illmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Bernardo Herrera Restrepo, Arzobispo de Bogotá, y hoy Primado de Colombia.-(N. del E.)

Ya que la Basilica Liberiana, joya venerable de la ciudad de Roma, ostenta todavía en su rico artesonado el primer oro extraído del suelo americano, dón generoso de Fernando y de Isabel, los Reyes Católicos de España, sirva ahora de valioso ornato al monumento conmemorativo de vuestro jubileo sacerdotal, el oro más puro aún de esta caridad fraterna sellada también en Roma con el anillo del Pescador.

De tan fecundos bienes será celeste mensajera la bendición que humildemente os impetramos. Y se inclinará vuestro corazón á dispensarnos esta gracia al recordar que os la pedimos en nombre de la América, cuyo descubrimiento en gran parte, se debe á un hijo de la Italia, compatriota vuestro, al inmortal Cristóbal Colón; y si traéis á vuestra memoria el parentesco espiritual que os liga con el hijo primogénito de los jóvenes soberanos que hoy ocupan con tanto lustre el trono de San Fernando, se levantará sin duda vuestra mano para bendecir esta ofrenda que refleja el voto más ardiente del Episcopado americano por la conservación de la fe y por la prosperidad creciente del noble pueblo español."

El Sumo Pontífice contestó:

"Os agradezco, Venerable Hermano, el noble y grandioso pensamiento, por Vos concebido y plenamente acogido por los Obispos de la América española, de manifestar la gratitud y el afecto que debéis á la nación de España, por haberos dado su fe, su lengua y su cristiana civilización.

Muy bello pensamiento, Venerable Hermano, que traduce fielmente el lazo que ha unido, que une y que seguirá uniendo á España con sus descendientes de América, en estrecho y amoroso abrazo.

Me congratulo con Vos y con todos los Obispos de la América española, porque vuestras naciones, á pesar de las mudanzas, contratiempos y agitaciones políticas, han permanecido siempre fieles á su fe y á sus tradiciones. Con este acto de fidelidad que hoy manifestáis á España, estáis probando que reconocéis la deuda de gratitud que la debéis; y que la ensalzáis porque á diferencia de otros pueblos que siendo muy favo-

recidos por Dios, no obstante, han vuelto las espaldas al Vicario de Jesucristo, mostrándose en extremo ingratos con él, la España, á pesar de todas las contrariedades, se ha mantenido siempre fiel á la Religión Católica, Apostólica, Romana, y estoy cierto que así seguirá manteniéndose en lo futuro, porque ha tenido que ofrecer grandes sacrificios y sufrir cruentos martirios, y porque cuenta numerosos santos que intercederán por la madre patria que les dio el sér.

Me congratulo con vosotros, Venerables Hermanos, por la devoción y amor que profesáis hacia la Virgen del Pilar, á la cual ofrecéis esas hermosas banderas. Ella bien las merece, pues ha sido la constante protectora de las Españas, y es Ella quien las ha conservado siempre unidas á esta Santa Sede Apostólica.

Hago votos, Venerable Hermano, porque Dios escuche los deseos que acabáis de expresar, como también los de todos los Obispos americanos y los de estos dos Eminentísimos Cardenales que en este momento aquí á mi lado representan el uno á España y el otro á la América Latina; y que se estrechan las manos en señal de una perdurable unión.

Estad seguro, Venerable Hermano, de que María, como buena madre, os tomará bajo su protección, como también á vuestra Diócesis, á vuestra patria y á las naciones todas de la América española, las cuales, cobijadas por su manto maternal, progresarán en la senda de la verdadera fe.

Os agradezco también el recuerdo que habéis hecho del quincuagésimo aniversario de la fundación del Colegio Pío Latino Americano, que ayer fue celebrado con grandiosas fiestas; espero que seguirá siempre progresando, especialmente por el cuidado singular de los Obispos en enviarle alumnos que, como los actuales, sean continuadores de las antiguas tradiciones del Colegio por una vida ejemplar y por el celo con que llevarán á las diócesis de América el fruto de los estudios y de las ciencias adquiridas en esta Ciudad de Roma.

Que las bendiciones del Señor desciendan sobre los Eminentísimos Cardenales, sobre los Arzobispos y Obispos presentes y sobre todos los que os acompañan con sus adhesiones y

sus afectos. ¡Que esas bendiciones desciendan copiosas sobre estas ilustres banderas y los países que ellas representan, sobre cuantos han contribuido á esta brillante manifestación de fe, y en particular, sobre Vos, Venerable Hermano! Sea esta bendición fuente de toda suerte de bienes y prenda de la eterna bienaventuranza."

LAS CONFERENCIAS DE SAN VICENTE DE PAUL EN ROMA

DISCURSO DEL PAPA

El Consejo General de la Sociedad de San Vicente de Paúl, en París, resolvió, con el fin de presentar un homenaje de adhesión, de gratitud y de respeto á la Santidad de Pío X, con motivo de la celebración de las bodas de oro de su ordenación sacerdotal, enviar un mensaje especial por conducto de su Presidente General, Mr. Paul Calon. Con este fin se verificó, el 17 de Abril último, una solemne reunión de la Asamblea General de la Sociedad en Roma, en el gran salón de la Cancillería del Vaticano, imponente reunión presidida por Su Eminencia el Cardinal Vicente Vanutelli, Cardenal Protector de la Sociedad.

Estaban presentes los Cardenales Agliardi, Rampolla, Ferrata, Rinaldini, Vives, Monseñor Amette, Arzobispo de París y treinta Obispos franceses más y mil socios.

Hé aquí el hermoso discurso pronunciado por el Padre Santo en respuesta al que le dirigió el Presidente General de la Sociedad:

"Si de todos los santos se puede decir que después de haber cumplido su carrera mortal, continúan viviendo en la memoria de los hombres por el ejemplo de sus virtudes y por las obras que fundaron, justo es que atribuyamos solemnemente este honor á San Vicente de Paúl, quien sobrevive en la sociedad de los venerables Sacerdotes de la Misión, formados en su escuela, en las incomparables

Hijas de la Caridad, nacidas, por decirlo así, entre sus manos, y sin mencionar muchas otras instituciones que á él deben su origen; sobrevive, en fin, en el admirable instituto de las Conferencias que, siglo y medio después de su muerte se estableció bajo su patronato y adoptó su nombre, inspirándose en su fe, en su caridad y en su espíritu apostólico: nueva generación, posteridad inesperada pero fecunda, que en dondequiera ha dado selectos frutos de bendición.

Os saludamos, muy amados hijos de las Conferencias de San Vicente de Paúl; os damos gracias por los consuelos que traéis á nuestro corazón, no sólo por los votos que nos habéis hecho con motivo de nuestro jubileo sacerdotal, sino también por las conquistas de vuestro celo y por la abundante cosecha de vuestras obras de caridad. El grano de mostaza sembrado en 1833 por Federico Ozanam, se ha convertido en árbol gigantesco, que extiende sus ramas sobre el mundo entero, y después de 76 años las Conferencias se ven florecientes en Francia, Italia, Bélgica, Holanda, Suiza, Inglaterra, en la América del Norte y en la del Sur, en el Canadá, en Australia, y penetran hasta en la Polonia Rusa y en el Congo belga, y son el centro al rededor del cual se agrupan los neófitos de todas las misiones de la tierra.

* * *

Nos regocijamos con vosotros, hijos muy amados, de esta maravillosa prosperidad, y á fin de que se mantenga sin cesar, os recomendamos que seáis, ante todo, los hombres de la caridad que obra por la fe. En vuestras obras de beneficencia buscad siempre vuestras inspiraciones al pie de los altares. Si diariamente eleváis las manos á Dios en los homenajes de la oración, antes de bajarlas para aliviar las miserias humanas las sentiréis con fuerza para conducir á Dios todas las almas que se han olvidado del

cielo. Vuestra beneficencia no debe ser la del hombre sino la del cristiano, que ve en el pobre una cosa sagrada, y no sólo la imagen sino la persona misma de Nuestro Señor Jesucristo. Es Él quien nos lo dice al recordarnos en el santo Evangelio el día en que dirá á los que estén á su derecha: "Venid, benditos de mi Padre, á tomar posesión del reino celestial que os está preparado desde el principio del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era peregrino, y me hospedasteis; estando desnudo, me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; encarcelado, y vinisteis á verme y consolarme." Y entonces los justos le dirán: "Señor, cuándo os vimos hambriento, con sed, de peregrino, desnudo, enfermo, encarcelado?" Y Jesús les responderá: "En verdad, os digo, siempre que lo hicisteis con algunos de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis."

Por tanto, es á Jesucristo Nuestro Señor á quien visitáis y socorréis en la persona de los pobres. Con frecuencia encontraréis reunidos en vuestras visitas de caridad todos los sufrimientos físicos y morales; seres infortunados, víctimas de las peores sugestiones de la irreligión, desgraciados esclavos del pecado, sumidos en la corrupción y el vicio; excomulgados voluntarios para los cuales no hay ni fe, ni iglesia, ni sacramentos; pero no tenáis: los ángeles os acompañan en esos antros de la miseria, y entre esas pobres criaturas, cualquiera que sea la profundidad de su degradación, tendréis la alegría de descubrir tesoros ocultos, reliquias preciosas de una buena índole, felices disposiciones para la virtud, vivo aún el carácter que les imprimió el sacramento del bautismo, huellas de religión y de fe que, gracias á vuestra paciente caridad, os darán más que la esperanza, la certidumbre de la salud.

Cuando Nuestro Señor Jesucristo dio á sus Apóstoles la misión de predicar el Evangelio, confió también á los 72 discípulos el cuidado de curar á los enfermos y de

anunciarles la próxima venida del reino de Dios. La institución de las Conferencias de San Vicente de Paúl corresponde admirablemente al designio del divino Redentor de convertir al mundo. Si el apóstol revestido del carácter sacerdotal tiene por oficio enseñar las verdades de la fe y confirmarlas con los prodigios de la caridad, encuentra en el apostolado laico de los simples fieles un poderoso auxiliar que le prepara el camino y, mediante el alivio de las miserias corporales, abre las almas á la verdad evangélica.

En efecto, en tanto que el genio del mal inspira á tantos desgraciados no sólo la desconfianza en el sacerdote sino también el odio al mismo, y les impide todo encuentro con este mensajero de Dios, y con esfuerzos dignos de Satanás, le cierra al Ministro del Señor todo acceso á las almas, los hijos de San Vicente de Paúl, animados del espíritu de los apóstoles, y por no llevar el hábito talar son acogidos con benevolencia en aquellas familias en que el sacerdote, ayudado por estos incomparables precursores, penetra después sin obstáculo; y de este modo las misiones que los hijos de San Vicente preparan en sus visitas á domicilio, producen en pocos días, en una parroquia, tantos frutos como sólo habrían podido obtenerse en largos años de celo empleados por su pastor. El bautismo y la confirmación de niños y de adultos, la legitimación por medio del santo matrimonio de las alianzas escandalosas, la abjuración de los herejes, la conversión de los pecadores, el uso frecuente de los sacramentos de la penitencia y de la Eucaristía, la edificación de iglesias, la fundación de escuelas cristianas, tales son, amadísimos hijos, los triunfos de la gracia que el Señor se complace en obrar con vuestra intervención.

Ciertamente la bendición que el augusto Pontífice Pío IX, de santa memoria, concedió el 5 de Febrero de 1855 á vuestra primera asamblea general, presidida por él,

en la cual vuestra piadosa y pacífica milicia recibió la más autorizada misión, la sanción más solemne, la más auténtica consagración, ha producido maravillas cuya historia está escrita con caracteres de oro en los fastos del apostolado cristiano.

Que el Señor se digne perpetuar esas maravillas; y puesto que aún hay pocos obreros delante de una cosecha tan abundante, que Él los multiplique en el campo místico de la Iglesia católica. Que os sea dado exclamar al fin de vuestros trabajos como los setenta y dos discípulos: "Señor, hé aquí que hasta los demonios nos obedecen," que oigáis de boca del divino Maestro estas palabras: "No os regocijéis de que los enemigos del mal os estén sometidos sino de que vuestros nombres están escritos en el cielo. *Gaudete quod nomina vestra scripta sunt in caelis.*"

Al expresaros estos votos á vos, Señor Cardenal Protector, á vos muy querido señor Presidente General, á vosotros todos los aquí presentes, á vuestros consocios de todo el universo, á vuestras familias y á las de aquéllos, á vuestros pobres y á todas vuestras obras de caridad, os concedemos, con toda la efusión de nuestro corazón, la bendición apostólica."

Como muy bien lo dice el Romano Pontífice, las Conferencias de San Vicente de Paúl producen en todas partes copiosos frutos de bendición. Para saber lo que ellas han hecho en Colombia basta leer la *Memoria Histórica* que se publicó en esta capital con ocasión del quincuagésimo aniversario de la fundación de la Sociedad de San Vicente. El autor de la *Memoria* recibió del Emmo. Cardenal Secretario de Estado, la siguiente carta:

"*Secretaria di Stato di Sua Santità*—Número 33,295—*Dal Vaticano*, 8 de Noviembre de 1908

Muy señor mío:

Con mucho gusto he cumplido su encargo poniendo en las venerables manos del Santo Padre los ejemplares de la *Memoria Histórica de la Sociedad de San Vicente de Paúl* y de *El Hogar Católico* que dedicó usted á Su Santidad; y me es grato manifestarle, por encargo del Sumo Pontífice, que Su Santidad ha agradecido mucho su obsequio, y que muy de corazón le envía, así como á toda su familia, la Bendición Apostólica.

Dándole las gracias por los ejemplares de dichas obras que ha tenido usted la atención de enviarme, aprovecho esta ocasión para ofrecerme de usted, con sentimientos de la mayor consideración,

Suyo afectísimo seguro servidor,

R. Card. MERRY DEL VAL

Sr. Dr. D. Antonio José Uribe—Bogotá."

MI NUEVO COADJUTOR

Sucesos de la vida de un anciano párroco irlandés.

NOVELA ESCRITA POR PATRICIO HEEHAN

(Continuación)

CAPITULO V

PEQUEÑA EQUIVOCACIÓN

El Padre Letheby puso manos á la obra mucho antes de lo que yo imaginé. Habrían transcurrido ocho ó diez días desde su instalación en la nueva casa; después de almorzar me encontraba leyendo un número atrasado — en dos ó en tres fechas — de *Freeman's Journal*, cuando de

repente abrióse con ímpetu la puerta de mi gabinete, cayó pesadamente sobre la mesa un manojo de llaves, y una voz — la de la señora Darcy, la sacristana — en el más exaltado diapason de la cólera, principió á decir con chillidos discordes de pavo real:

— ¡Aquí están! ¡Guárdelas! Y si vuelvo á tocar esas llaves, permita el cielo que no me quede un hijo que vaya á rezar en mi sepultura. Oh! Ya! Ya!... ¿Dónde ha ido usted á pescarlo?... ¿De dónde viene ese guapo caballerecete?... ¡Pardiez! No habrá salido del cuerpo de Júpiter. Ya sabemos perfectamente que es hijo de un vendedor de paños establecido en Kilkeel. La señora Morarty me ha contado que ella hacía calcetas para el vetusto pañero. ¡Y ahora viene aquí ese caballerito á desacreditar á personas respetables!... "Esto es una suciedad," — me dijo. — Y yo le contesté: "Señáleme algo que esté sucio," — y él exclamó: "Fíjese en esto" — y yo le respondí: "¿Dónde está lo sucio?" Y sepa usted, señor rector, que mi familia es tan digna como la suya. ¡Me admira que usted pueda sufrirlo! Pero ¡como usted es en extremo bondadoso! Usted deja que los coadjutores se crezcan y le quiten atribuciones... Pero yo... declaro resueltamente que no lo aguanto más. Prefiero tener que ir mendigando el pan de puerta en puerta, á dejar que me digan que soy sucia. ¡Pues no faltaba más! Las señoras del castillo han declarado que los candeleros parecen espejos, y el mismísimo señor obispo, vamos á ver, ¿no ha reconocido que esta sacristía era la mejor cuidada de toda la diócesis?... Y, en cambio, este nuevo coadjutor con su linda pronunciación que nadie entiende, y sus muebles aparatosos, y su ridícula ama de llaves, se atreve... ¡Vaya, que aquí no hay quien lo trague!... ¡Conseguirá que todos emigremos! Será preciso que, después de llevar dieciocho años lavando, frotando y sufriendo, coja de las manos á los dos huerfanitos que me dejó el perdido Jacobo Darcy. — ¡Dios

lo tenga en su santa gloria!—y que me marche á ganarme la vida en el extranjero, únicamente porque no soy persona grata al nuevo vicario.

En fin, allá ustedes se las entiendan con él. Por lo que á mí toca, sólo diré que aun cuando usted mismo, señor rector, se hincara de rodillas y me suplicase: "Señora Darcy, recoja las llaves y vuelva á hacerse cargo de la sacristía," no accedería de ningún modo. ¡No, no, y no! Procuren buscar alguna jovencita que sea del agrado del coadjutor. ¡María Darcy no sirve para eso!

Salíó y seguidamente entró de nuevo. Hacía esfuerzos por aparecer tranquila.—Señor rector, la cantidad que tengo devengada de mi salario, le agradeceré que se sirva enviármela á casa, antes de que me marche á América. En la botella del vino destinado á las misas, quedarán como unos dos vasos, hay también media libra de velas de cera....

Nueva salida, y nueva entrada.—La sobrepelliz está metida en lejía en casa de Leonor O'Brien; los ornamentos negros se hallan en poder de Tomás Carmody desde que se celebró la última misión. La llave de la caja de seguridad queda sobre la puerta de la lencería, á la izquierda; el cáliz está en la cesta, envuelto en un pañuelo. Si usted quisiera darme un certificado, Ana podría llevármelo esta misma noche.

Volvió á salir, pero sin quitar la mano del pestillo de la puerta.

—Quede con Dios, señor cura, y que la Providencia lo colme de bendiciones. Ya todos sabemos que usted nunca hubiera hablado duramente á una pobre mujer.

A estas palabras siguió un diluvio de lágrimas.

Mucho me hubiera guardado yo de responder una sola palabra á esta terrible filípica. Jamás contesto á una mujer encolerizada, salvo cuando tengo la mano en el pestillo de la puerta, y la llave prevenida. Escuché, pues,

las quejas é imprecaciones de la sacristana, fijando obstinadamente la vista en las cotizaciones de Bolsa, que el periódico publicaba, aun cuando sin leer una palabra.

—Mal comienzo—me dije.—Va demasiado de prisa y golpe demasiado fuerte.

Prontamente, por Ana conocí los detalles de lo ocurrido.

Ana y la señora Darcy no eran amigas. No puede existir amistad entre las que, cual ellas, son dos potencias de un pueblecito; como no puede existir amistad entre dos poetas, ó entre dos críticos ó entre dos filósofos. En general, Ana trataba con altiva superioridad á la infeliz encargada de la sacristía y le hablaba con afectada finura: "¿Cómo se encuentra usted hoy, señora Darcy?" ó "Buenos días, señora Darcy."

Por su parte, María Darcy, como árbitra soberana en las misiones, en los funerales y en los casamientos, ejercía gran influencia en la localidad, y no era cosa de culparla con exceso si alguna que otra vez se permitía hablar de mi ama de gobierno con tono un tanto despectivo. Pero en este momento histórico existía entre ellas lo que los periódicos llaman una doble alianza contra el recién llegado, y se hallaban firmemente resueltas á reprimir con inexorable energía cualquier tentativa de usurpación. El papel que tocó en suerte á la señora Darcy, fue el de ser mártir de los principios, arrojando la primera descarga, descarga que, siendo la primera, había de ser también la última. Y, con efecto, fue la última; mas el resultado no respondió exactamente al cálculo de la sacristana.

Hé aquí, pues, lo sucedido: El Padre Letheby giró una visita á la sacristía y efectuó un minucioso inventario de los tesoros que allí se conservaban. Guiado por el celo de todo nuevo reformador, encontró muchas cosas en mal estado. No era hombre capaz de sonreír enfrente de semejantes irregularidades, dejando á su rector el cuidado

de enmendarlas. No quería que otro dijese lo que á él le tocaba decir. Uno tras otro hizo que abriesen todos los cajones. Sacó el contenido, manchado de polvo, de moho y de humedad; aquella atmósfera le hizo respirar ruidosamente, de un modo que nada bueno presagiaba; con ademán de menosprecio, arrugó algunos de los tesoros más estimados por la señora Darcy, entre los cuales figuraban banderolas de papel azul tachonadas de estrellitas de oro; abrió cuidadosamente, frunciendo los labios, los corporales y los purificadores, y dio término á la terrible inspección exclamando:

—Nunca en mi vida he visto tan horrible suciedad!

Conviene que sepas, querido lector, que aquí, en Irlanda, puedes acusar á la gente de toda clase de crímenes ó de delitos, de fabricación de moneda falsa ó de parricidio; pero si no quieres ver relámpagos en los ojos, si no quieres oír el tableteo del trueno, no digas: ¡suciedad!

La señora Darcy había aguantado sin pestañear la inspección draconiana practicada en sus dominios; pero, cuando oyó pronunciar la palabra ultrajante, dio rienda suelta á su cólera, tanto más terrible cuanto que iba envuelta en ropaje de afectada cortesía.

—¡Suciedad!—murmuró.—Desearía que el señor vicario me señalase algo sucio en esta sacristía.

—¡Bendito sea Dios! ¿Qué está usted diciendo, pobre mujer? ¿Que señale algo que esté sucio? ¡Pero si no hay más que suciedad por todas partes. En el aire, en el suelo, en la chimenea, sobre el altar, por doquiera. . .

*¡El agua toda de la mar bravía,
Tamaño suciedad no lavaría!*

—Pues es usted la primer persona á quien oigo formular semejante queja—contestó la sacristana.—Seguramente que aquí no hay tapices de terciopelo, ni pieles de oso, ni piano, ni espejos de moda. Pero ruego al señor

coadjutor que tenga la bondad de indicarme alguna cosa que se halle sucia. Una pobre mujer como yo no dispone de más caudal que su buena reputación.

—No se trata de empañar esa buena reputación—observó dulcemente el Padre Letheby,—pero, si usted no es capaz de ver que todo cuanto aquí hay se encuentra enormemente sucio, voy creyendo que tampoco soy yo capaz de demostrárselo. Vamos, mire esto.

Y, así diciendo, le indicó un montón de barreduras, de papeles medio quemados, de cenizas, etc., que llenaban la rejilla de la chimenea.

—¡Bonito ejemplo! ¡Dios me valga!—exclamó la señora Darcy, dirigiéndose á un auditorio invisible.—Este caballero llama suciedades á las barreduras del templo y á las cenizas limpiísimas. ¿No hay otra cosa?

—¿Que si no hay otra cosa?—replicó resueltamente el coadjutor.—Mire esto.

Y le enseñó un mantel de altar lleno de arrugas, de manchas y. . . ¡Dios me perdone! de estrellas de distintos tamaños y colores.

—Vamos á ver, ¿no es esto una vergüenza para la iglesia?—preguntó severamente.

—No veo nada vergonzoso—respondió la señora Darcy,—todo esto se lavó y se planchó muy bien para el día de Navidad, y lo encuentro tan limpio como si acabase de salir de manos de la lavandera.

—¿Dice usted que esto es limpieza?—insistió el señor vicario, señalando las manchas de cera.

—¿Y eso qué importa? Eso es un poco de cera bendita que ha goteado de los cirios. Con ella se hacen los *Agnus Dei*.

—¡Vaya! ¡Es absolutamente incorregible!—murmuró el padre Letheby.—Informaré perfectamente de lo que ocurre al señor rector, y él se entenderá con usted.

—Haga lo que quiera. Pero también yo le hablaré, y le hablaré antes que usted.

Y efectivamente así sucedió. Mi vicario no me dio cuenta de su visita de inspección, hasta más tarde. Y debo confesar que me habló con exquisita delicadeza, porque, en el fondo, todo aquello revelaba mi falta de cuidado y mi culpable negligencia. Lo escuché abochornado, bajé la cabeza y resolví dejarle obrar. Abrigaba la certidumbre de que la señora Darcy aún no se marcharía á América.

Pero para sorpresa grande, la que recibí al domingo siguiente, cuando, al entrar en la sacristía antes de celebrar la Misa, resbalé sobre un *parquet* esmeradamente encerado. Si la pared no se hubiese hallado tan cerca y tan propicia para sostenerme cual se halló, el cargo de curapárroco de Kilronan hubiera podido quedar vacante, con gran satisfacción de algún coadjutor impaciente.

Sobre el relumbrante *parquet* encerado había acá y acullá algunas esteritas de esparto. La rejilla de la chimenea estaba pulcramente enlucida con lápiz-plomo; ante la chimenea lucía un biombo coquetón, decorado con un paisaje alpino. El péndulo del reloj dejaba oír nuevamente el isócrono tic-tac, cual si el tiempo no nos hubiese obsequiado con un alto de muchísimos años. En fin, mis pequeños acólitos, con las sobrepellices de blancura deslumbrante, se hallaban tan lindos como los legendarios niños de coro encargados de llevar el agua y el jabón al arzobispo de Reims.

¿Cómo explicar la angustia que experimenté al colocarme un amito blanquísimo pero muy rígido, en vez del amito muy arrugado pero muy flexible que yo acostumbraba á usar?... ¿pues y cuando intenté, aunque débilmente, introducir las manos á través de las mallas de encaje de un alba tan bien almidonada que hubiera podido mantenerse, ella sola, de pie sobre el suelo?... Muchas, muchísimas ganas me dieron de pedir mis antiguos ornamentos; con todo, comprendí que debía también someterme á la nueva reforma, y, aun cuando no sin penosa lucha, acabé

por someterme. Por ejemplo, brinqué cuando tuve que encajarme un anguloso bonete que me lastimaba las sienes. Me decidí á llamar: — ¡Señora Darcy!

Una mujer joven, cuidadosamente peinada, luciendo delantal blanco guarnecido de encajes, salió de un rincón de la sacristía. La vi sonreír tímidamente, y me pareció que quería huir ú ocultarse.

— ¡Señora Darcy! — volví á llamar.

Acentuóse la sonrisa de la joven, y me contestó, haciendo remilgos:

— Aquí me tiene usted, señor cura.

Afortunadamente para mí he logrado adquirir, tras largos esfuerzos, la virtud del silencio, y digo afortunadamente, porque al reconocer la voz de mi antigua cristiana me quedé pasmado. Supe callarme, pero no pude sustraerme al influjo de numerosas distracciones así durante la celebración del Santo Sacrificio como en el resto del día. ¿Qué había ocurrido?... Ardía en deseos de averiguarlo; pero por respeto á mi dignidad me abstuve de formular preguntas. Hoy todavía me felicito de mi discreción, tanto más meritoria cuanto que, á la vista de un verdadero milagro, es muy difícil saber guardar silencio. Algunos días transcurrieron antes de que me revelasen el secreto de la mágica transformación.

El difunto Santiago Darcy, al irse de este mundo, había dejado á su pobre viuda la carga de dos niños. ¿Carga?... La frase no es exacta. La misma viuda hubiera sido la primera en rechazarla. ¿Acaso Marta, la muñequita de diez y ocho meses, no era el ojito derecho de la madre?... Por ventura Santiaguillo, el jorobadito, que acababa de cumplir ocho primaveras, ¿no era el predilecto del materno corazón?... Por los hijos trabajaba, sufría y «sudaba» la pobre viuda, según ella solía afirmar. Ninguna tarea se le antojaba penosa con tal de ganarles el pan y con tal de poder comprar un lazo color de rosa para la

chicuela y una gorra de marino — con la inscripción *Héroe*, grabada en letras de oro — para Santiaguín. Para alegrar aquella vida de viudez, de labor dura, de cuidados y de incertidumbres, ¿podía haber mejor rayito de sol que el que se reflejaba en las pupilas de la niña ó el que desaparecía del húmedo y desnudo suelo de la cabaña cuando Santiaguito se entretenía en procurar dar caza á los áureos hilos lumínicos que penetraban por las rendijas de la puerta?

Realmente resulta facilísimo inculpar á los pobres y lamentarse de que están faltos de educación; pero este amor maternal, que sobrepuja á todos los amores, cubre de oro y de rico esmalte todas las cosas desagradables ó negras que, para los espíritus delicados, afean la vida de los humildes; y tal vez, tal vez los ángeles de Aquel ante quien los astros no están limpios de mácula, aparten las miradas de las frialdades ceremoniosas y correctas que imperan en los suntuosos palacios y en los deslumbrantes salones, para fijarlas amorosamente en la poco atractiva miseria de los lugarejos y de las chozas.

Resumiendo: después de haber notificado formalmente la dimisión del importante cargo que desempeñaba, la señora Darcy, con el corazón lleno de angustia, emprendió el regreso á su humilde vivienda. Había cumplido con su deber, eso sí — como todos los héroes que han realizado cosas desagradables, — pero se hallaba muy desconsolada. Por el acto de arrojar sobre mi mesa las llaves de la sacristía, lo había perdido todo: las comodidades de su casa y los bien amados recuerdos que á la casa estaban unidos, el orgullo y la embriaguez del poder cuando pontificaba en los oficios solemnes de la Iglesia. . . . ¿Quién no sabía hasta qué punto resultaba indispensable la sacristana? ¿Quién como la señora Darcy podía decir los nombres de los que faltaban á las Estaciones? ¿Quién sabía arreglar á un *bebé* alborotador, en los inexpertos

brazos de una madrina joven, mejor que la señora Darcy? ¿Quién acertaba á disponer un entierro como la señora Darcy? ¿Quién, sino la señora Darcy, sabía encontrar el anillo de alianza, cuando el novio, azorado y ruboroso, se registraba desesperadamente los bolsillos, tardando tanto y tanto que el sacerdote principiaba á impacientarse y la novia á sentir vergüenza? . . . Pues. . . ¡y sus triunfos como decoradora! ¡Y las magníficas guirnalas de hiedra y de acebo que tejía para Navidad! ¡Cuántas fantasías desplegadas por su imaginación limitadísima! Y ¿dónde dejamos, especialmente, el adorno del altar de la Virgen, cuando llegaba el mes de Mayo? . . . Guillermo Morris, poeta y socialista, no era nada al lado de este talento. ¿No había dicho la señorita de Campión que la señora Darcy era un genio sin cultivar? . . . La amiga de la señorita de Campión, una dama de Dublín, ¿no había confesado que en el mismo Gardiner Street no se veía cosa semejante?

Y luégo, cuando los años transcurrieran, cuando la sacristana se encontrase vieja y asmática, ¿no estaba llamado á ocupar su plaza el jorobadito Santiaguín, el prerrafaelista en agraz? . . . La plaza de sacristán era precisamente la más indicada para el pobre giboso, falto de talla para lanzarse en la lucha por la existencia.

¡Pensar que todo esto quedaba convertido en un sueño! ¡Pensar que todo se sacrificó ante el altivo sentimiento del deber y de la dignidad! Angustiado el corazón y enjugándose de vez en cuando los ojos con la punta del delantal, atravesó el pueblo la sacristana dimisionaria.

Había adoptado la encantadora costumbre de no entrar en la vivienda sin antes jugar al escondite, desde la ventana, con la pequeñuela. Con tal objeto tenía colocada la cuna de modo que Marta mirase de frente á la ventana; y así, cuando la nena veía asomar entre las resedas el amado y carrillado rostro materno, ¡oh! entonces daba gusto oír las jubilosas exclamaciones que lanzaban madre

é hija. Aun cuando después de haber presentado la dimisión, no tenía la señora Darcy ganas de jugar, como quiere que es muy grande la fuerza de la costumbre, la atribulada mujer se detuvo y fijó en la ventana los ojos enrojecidos por el llanto. ¡Ah, lo que vio!... «Se me trastornó la vista,» decía luego la interesada. Allí, sentado en el suelo, en su posición favorita, con la cabeza apoyada en las manos, Santiaguín, el jorabado, absorto en cálculos—cual un Edison—intentaba construir un castillo aéreo con los trozos de madera barnizada que tenía al lado; muy cerca, de espaldas á la ventana, el terrible enemigo, el Padre Letheby, con una mano levantada, hacía bailar á una muñeca de goma; y Marta, con los ojos muy abiertos y muy gozosos, reía y gritaba, loca de júbilo, haciendo esfuerzos desesperados para atrapar á la bailarina.

La señora Darcy se alejó inmediatamente de la ventana; luego volvió á mirar. La duda era imposible. No era aquello sueño ni delirio imaginario. Miró otra vez. Después murmuró dulcemente algo, cual hablando consigo misma; reprimió un sollozo; cruzó rápidamente el pueblo y subió hasta el castillo para hablar con la señorita Berta Campión.

El resultado de la entrevista con la señorita de Campión, ya lo hemos visto. El Padre Letheby había ganado la partida. Entre los jugadores empedernidos se habían cruzado apuestas de quince contra uno—naturalmente se trataba de dobles litros de *porter*—sobre si el señor coadjutor conseguiría que la señora Darcy se lavara. Esto por lo visto era algo tan difícil como querer coger la luna con los dientes. También oí decir que en la herrería se había apostado, cincuenta contra uno, á que, antes de un mes, la sacristana usaría cofia de encaje, con lazos, ni más ni menos que las doncellas del castillo.

(Continuará)

LA IGLESIA

ORGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ

Año IV—Vol. IV { Julio 1.º de 1909 } Núm. 13

PASTORAL

NOS BERNARDO HERRERA RESTREPO

Por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Arzobispo de Bogotá, Primado de Colombia, Prelado Doméstico de Su Santidad, Asistente al Solio Pontificio, etc.

AL VENERABLE CLERO SECULAR Y REGULAR Y Á TODOS
LOS FIELES DE NUESTRA ARQUIDIOCESIS

Salud y bendición en Nuestro Señor Jesucristo.

Se acerca el día, carísimos hermanos, en que acostumbramos tributar muy devotos y especiales homenajes á María, Reina de cielos y tierra, Madre Nuestra, refugio en todas nuestras necesidades, y hoy cumplimos el gratísimo deber de invitaros á celebrar, en el presente año, la solemne festividad de NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN.

Nosotros todos, como hijos de la Santa Iglesia, podemos repetir con un Padre de la Iglesia: *De María numquam satis*. Nunca se hablará demasiado de María Nuestra Señora. La razón de esto la hallamos, entre muchas otras, en estas palabras del devotísimo Padre San Bernardo "*Hæc peccatorum scala, hæc mea máxima fiducia est, hæc tota ratio spei meæ.*" Somos pecadores, y por esto nos vemos desechados del Señor mientras no alcancemos perdón mediante una sincera penitencia. Para ello contamos con la ayuda efficacísima de MARÍA SANTÍSIMA NUESTRA SEÑORA, quien nos brinda la mano para subir hasta el trono de la